

Nekane España Arraiza
Colegio San Cernin (Pamplona)
NAVARRA



- La despedida es un dolor tan dulce...
- Atlas, por favor, deja de hablar en frases de libros.
- Bueno, es que es verdad - mirando por la ventanilla, Carolina no veía gran cosa. Únicamente la Tierra. Tan pequeña desde el espacio... O al menos desde donde estaban -.

El silencio era el mayor de sus problemas. Cuanto menos hablaban, más se estresaban. Al fin y al cabo, ¿cómo explicar aquel estrepitoso desastre La había fallado. Había fallado al recuerdo que le decía que todo iría bien. Le había fallado a ELLA. Tenían una misión hacer que la Tierra no se destruyera a sí misma... Pero, claro, los humanos no escuchan.

- Oye, mira... - comenzó Atlas -. Sé que no ha salido tan bien como esperábamos, pero no todo es nuestra culpa.
- Pero siento que así es - Caroline soltó el cinturón de la nave y se aproximó al reloj de arena, cuyo interior desaparecía engullido por la negrura de su base -. ¿Te acuerdas?... - tragó saliva -. ¿Te acuerdas de cuando la arena se escapaba lentamente? ¿De cuando todavía pensábamos que tendríamos la oportunidad de cambiar el mundo?
- Mira - Atlas se levantó también de su asiento, aunque su cojera se intensificaba a cada paso, parecía no notarlo -, son ellos los que han contaminado sus mares, los que han discriminado a miembros de su misma especie, son ellos los que tienen la culpa. Se lo advertimos - colocó una mano en el brazo de la joven, más para mantenerse en pie que para consolarla -. El odio no lleva a nada.
- Pero si volviéramos a ir... ¿Cree que...? ¿Mamá...?

Caroline acercó la mano lentamente hacia el aparato, sopesando la idea de girar y hacer que el mundo volviera a nacer otra vez.

Reescribir su historia. Desde el principio.

- No - contestó él, apartando las manos de su compañera del mecanismo que podría decidir el destino
- Ya lo intentamos, ¿recuerdas? Nada cambiará, nada...

Pero Caroline ya no escuchaba. Lo único que veía era a la niña pequeña del parque que, aquel sábado por la tarde, alimentó a un perro vagabundo cuando no tenía nada que comer. Ese manifestante que dió su vida para proteger la de su hermana, que había atacado a uno de los policías. Y, por último, esa enfermera que, cuando ella misma creía que su propio compañero moriría, calmó sus nervios y consiguió tranquilizarla a base de palabras de ánimo y abrazos.

No podía dejarlos ahí.

No podía hacer que esas personas inocentes desaparecieran de la historia por su culpa.

Caroline apartó a Atlas de un manotazo y agarró el reloj, haciéndolo girar. Devolviendo al objeto la arena que había perdido. Las oportunidades, las ideas... Todo volvía a cobrar vida...

Vieron como la Tierra corría en dirección inversa. Como el pasado se convertía en el presente y como los muertos suplantaban a los vivos.

Atlas ahogó un grito.

Caroline, simplemente sonrió.

Sonrió al infinito espacio que les engullía.

Sonrió al reloj de arena, que parecía sonreírle a ella también.

Sonrió a todas aquellas personas a las que les daba una segunda oportunidad.

Y... Tal vez... Solo tal vez... Si cerraba los ojos... Podía ver su casa.

Su -Caroline...- una voz le llamó desde lo profundo de su cabeza, y, cuando abrió los ojos, no era Atlas quien le hablaba.

- ¿Mamá?

- Caroline...- su pelo, completamente despeinado caía por su rostro como si de una cascada se tratara. Sus labios se posaron en la frente de la pequeña y sus manitas de niña soltaron el reloj, que se rompió en mil pedazos al tocar el suelo, mientras corría hacia la mujer que le dió la vida.